

en París, donde vivían y brillaban el Marqués de Mora y el Duque de Villahermosa, y en aquellos salones vieron sin espanto adelantarse y tendieron ellos mismos la mano a la Revolución, vistiendo ésta casaca de terciopelo y chorrera de encaje antes de vestir la carmagnola, caminando sobre los tacones encarnados de los elegantes de la Corte, antes de cobijarse bajo el gorro rojo de los *sans-culotte* del noventa y tres.



## II

**S**IGUIENDO la carretera antigua de París a Ginebra, encuéntrase a mano izquierda, al pie del Jura y a la vista ya de los Alpes de Saboya, un modesto pueblecillo, Ferney, que alcanzó en esta época que hemos descrito, universal y funesto renombre.

Allí vivía Voltaire, en compañía de su sobrina Mme. Denis, desde que Federico II, cansado de él, le arrojó de su Corte en 1758, haciéndole registrar antes el equipaje, como se registra el de un lacayo ratero.

Alzábase entonces, y aún subsiste hoy a la derecha del camino, el gran *Château Ferney*, morada del famoso *enemigo personal de Cristo*: era un edificio de un solo piso, construido sobre alto peristilo con sendas escalinatas y

adornado con medias columnas dóricas y remates del gusto de la época. Una ancha y larga calle de magníficos tilos, llevaba del palacio al camino, cerrada, por la parte de fuera, con pesada verja de hierro. A la derecha de ésta, y pegando casi á ella, levantábase una mezquina iglesia con esta inscripción, sospechosa entonces y convicta luego de impío deísmo:

DEO.

EREXIT. VOLTAIRE.

MDCCLXI.

El 26 de Abril de 1768, un correo franqueó la verja del *Château Ferney* a las diez de la mañana; cruzó a galope la gran calle de tilos, haciendo chasquear su látigo, como era costumbre de los correos, para llamar la atención de los de dentro, y anunció con la pedantesca solemnidad de la etiqueta de entonces, que los muy altos señores Marqués de Mora y Duque de Villahermosa, Grandes de España, llegaban en pos de él a Ferney, como ya lo tenían anunciado.

D'Alembert había, en efecto, escrito a Voltaire, con fecha 5 de aquel mismo mes y año: «Hay aquí (en París) un joven español, de ilus-

tre nacimiento y mayor mérito, hijo del Embajador de España en la corte de Francia y yerno del Conde de Aranda, que ha echado a los jesuitas de España. Por aquí veréis que este señor está bien emparentado, pero éste es su menor mérito: he visto pocos extranjeros de su edad que tengan un talento tan claro, exacto y despreocupado. Estad seguro que por muy joven, muy gran señor y muy español que parezca, no exagero nada. Muy pronto debe volver a España, y, pensando como piensa, desea naturalmente conoceros y trataros. Proyecta permanecer algunos días en Ginebra, y os visitará a las horas que os incomode menos. *Está destinado a ocupar grandes puestos y puede hacer en ellos mucho bien.*»

No se ocultó a la perspicacia de Voltaire lo que la coletita de aquella carta significaba, y en su furioso afán de propaganda sectaria, propúsose desde luego acoger a los ilustres españoles con toda la espléndida cortesía que desplegaba en Ferney para recibir a los innumerables próceres que le visitaban, y toda la familiar confianza y el cariñoso afecto con que el taimado viejo deslumbraba la candorosa vanidad de la juventud presumida, para envolverla y aprisionarla en sus astutas redes.

Media hora después de la llegada del correo, detúvose, en efecto, ante la escalinata de Ferney una gran silla de posta con cuatro caballos, dos postillones y tres lacayos con la librea ordinaria de lo que se llamaba entonces en Francia *Poste-Royale*. Ocupaban el pesado vehículo dos caballeros, y a respetuosa distancia venía detrás un cabriolé más modesto con un mayordomo viejo y dos ayudas de cámara. Pasaron éstos de largo ante la verja de Ferney, y siguieron hacia Ginebra, que dista sólo unos tres cuartos de hora: allí tenían orden de esperar a sus dueños.

Al apearse los españoles, encontraron, esperándoles en el vestíbulo, los huéspedes que a la sazón se hallaban en Ferney: eran éstos el Príncipe de Beauvau, el famoso Laharpe y el Conde de Lally-Tollendal, jovenzuelo entonces de diez y ocho años, que trataba ya con Voltaire de rehabilitar la memoria de su padre, decapitado en París dos años antes. Momentos después salióles al encuentro en el mismo vestíbulo Mme. Denis, dándoles la bienvenida y anunciándoles que su tío, el *anciano Patriarca*, se hallaba en la cama algo indispuerto; pero que le había dado orden de introducir á los viajeros en su alcoba no bien llegasen, con la

misma confianza que si fuesen sus propios hijos.

Era tal el prestigio que entre la gente incrédula y maleante de su época habían dado a Voltaire su indisputable talento, sus atrevimientos inauditos y el continuo y calculado vocear sus alabanzas en papeles y salones de sus cómplices y corifeos, que aquellos dos grandes señores, nacidos tan alto en la escala social, y acostumbrados desde la infancia al continuo trato de los más grandes personajes de las cortes de Madrid, Londres y Versalles; no pudieron menos de comoverse y aun intimidarse, según confesión propia de uno de ellos, a la sola idea de verse por primera vez ante Voltaire frente a frente.

Hallábase el filósofo sentado en su lecho, que era grande y almohadillado todo (*capiton-ne*) de gruesa tela de seda con grandes ramos de flores, que llamaban entonces *Pompadour*. Las cortinas, de la misma rica tela, estaban recogidas por un lado, dejando ver al decrepito viejo con los brazos y el cuello desnudos por completo, teniendo esparcidos sobre la colcha gran cantidad de papeles.

A los pies de la cama hallábase un señor de vulgarísimo aspecto, sentado ante una mesita

de escribir, cubierta también de papeles: era este hombre Lekain, el famoso actor, que el mismo Voltaire había protegido y colocado en la Comedia Francesa.

Al entrar en la alcoba los españoles, hizo Voltaire ademán de tirarse de la cama, y extendió hacia ellos los enjutos brazos, con grandes exclamaciones de gozo y bienvenida, y lamentos de su gravísimo estado.

—*¿Venís —les dijo— á presenciar mi muerte, o á devolverme la salud con el gozo de vuestra presencia?*

Y mientras esto último decía, había echado un brazo al cuello de cada uno, y apretábales las cabezas contra su pecho, con amor de madre de teatro y riesgo manifiesto de descomponerles las empolvadas pelucas.

Mirábanse entre sí los españoles asustados y perplejos, pues lo cavernoso de la voz y lo demacrado del semblante, hacían muy verosímiles las palabras del viejo. Mas haciéndoles Mme. Denis una significativa mueca, dióles á entender que aquella idea de su enfermedad era la manía ordinaria del filósofo, y aquella pulida frase de su muerte, era la que acudía siempre á sus labios al recibir visitas que eran de su agrado.

Hablóles luego con gran volubilidad y viveza de su viaje, de ellos, de sus trabajos, de él, del placer inmenso que su visita le causaba, del plan que había trazado de representar, en su diminuto teatro y en obsequio de ellos, su tragedia *Merope*, dirigida por él mismo, e interpretada por Lekain en persona, Mme. Denis, M. Laharpe y un tal Cramer, librero de Ginebra, con otros varios comediantes de allí mismo, necesarios para llenar los restantes papeles. Encargó luego á Mme. Denis que hiciese volver de Ginebra los criados de aquellos señores, y les condujese á ellos á las habitaciones que en Ferney tenían preparadas, pues nunca consentiría que se hospedasen en otra parte, y concluyó su perorata diciendo con juvenil viveza:

—*El placer de veros ha suspendido mis males, y voy á levantarme para comer con vosotros.*

Con lo cual tiróse por el lado opuesto de la cama, en camisa, con la agilidad de un mico y la desvergüenza de un sátiro.

Contaba entonces Voltaire setenta y cuatro años, y hacía resaltar en extremo su fealdad nativa aquella horrible demacración de todo su cuerpo que inspiró al escultor Pigalle la extravagante idea de modelar su estatua com-

pletamente desnuda. Con este motivo retratóse a sí mismo Voltaire, escribiendo a madame Necker:

«Dicen que M. Pigalle debe venir a modelar mi rostro; pero para esto se necesitaría, señora, que yo tuviera rostro, y apenas si se adivina el sitio en que estuvo. Los ojos se me han hundido tres pulgadas; las mejillas son pergaminos viejos colocados sobre huesos que para nada sirven, porque los pocos dientes que tenía se me han caído. Y no es lo que digo coquetería, sino la pura verdad.»

No era la vida de Voltaire en aquel retiro, solitaria ni ociosa. Sucediáanse sin interrupción en Ferney los huéspedes de París, que permanecían allí semanas y aun meses, y a diario venían a visitarle gentes de Ginebra, no bajando nunca sus comensales cotidianos de diez a doce. Igual número de personas se sentaban a cenar en su opípara y delicada mesa, y como las puertas de Ginebra se cerraban al anochecer para no abrirse hasta después de amanecido, solían dormir los convidados de Voltaire, ora en Ferney mismo, ora en las posadas y lindas casitas que poblaban ya en aquella época las orillas del delicioso lago.

En cuanto a su incansable actividad, dice

John Moore en su *Viaje por Francia*: «Un autor que escribiese para vivir, no trabajaría más asiduamente que el rico señor de Ferney, y el poeta novel que corre con ardor tras la fama, no se mostraría más ávido de gloria que él se mostraba.» Desde el amanecer hasta la hora de la comida trabajaba Voltaire incesantemente, ya en su gabinete de estudio, ya en su propio lecho, que a veces no abandonaba en todo el día. Nadie osaba acercársele en estas horas sin sufrir las consecuencias de su violento carácter, y la mayor prueba de deferencia que podía dar una persona, o de importancia a un negocio, era dedicarle algunos minutos de este tiempo consagrado al trabajo. Media hora antes de la comida paseaba breves momentos por el magnífico parque de Ferney, y después de comer tornaba a pasear en carroza con Mme. Denis o con algunos de sus huéspedes, o jugaba al ajedrez, si el tiempo impedía la salida. Encerrábase de nuevo en su gabinete al volver de paseo, hasta la hora de la cena, y después de ésta, pasaba la velada con sus huéspedes haciendo alarde de su ingeniosa conversación, su aguda sátira y sus malignas intenciones.

Interrumpió Voltaire la laboriosa monoto-

nía de su vida, en obsequio de los españoles, durante los días que permanecieron en Ferney, y todos ellos celebró largas conferencias con el joven Marqués de Mora, desde las once de la mañana que le llamaba a su cuarto, hasta la hora de la comida. Llevábales por las tardes en carroza a contemplar las deliciosas vistas de las cercanías, desde Ferney hasta Ginebra misma; hacía declamar por las noches a Lekain trozos de su magnífico repertorio; leía él mismo poesías suyas y fragmentos de sus obras, y entonces, y a todas horas, y en las comidas y cenas sobre todo, entretenía, encantábales y les subyugaba por completo con su chispeante conversación, siempre intencionada, cáustica y alimentada por su prodigiosa memoria.

Desde los tiempos de Luis XIV hasta los de la Du Barry, que a la sazón corrían, no quedó historia galante y escandalosa que no les refiriese con toda la cruda viveza de sus más reconditos pormenores, ni chiste obsceno, observación irónica o pensamiento maligno en que no resaltasen, a las claras y descaradamente, su enconado odio al clero y a la Iglesia de Cristo; y solapado, pérfido, insinuándose a paso de lobo y encubierto siempre con las mil

adulaciones y disfraces que su mucha ciencia del mundo le inspiraba el rencor, el vengativo rencor a los reyes y a los nobles, que en aquella época de su vida comenzaba ya a desembozarse. Su habilidad era en esto tanta, su astucia tan pérfida y su conocimiento de los grandes de la época tan profundo, que si alguna vez arraigaron de verdad en los dos españoles las revolucionarias ideas de que la posteridad les acusó más tarde, fue, sin duda alguna, en aquellos tres días [pasados en Ferney bajo la venenosa influencia de aquel diabólico viejo.

El último día de su estancia en Ferney tuvo lugar la representación de *Merope*, que les había anunciado Voltaire desde el momento de su llegada. Tenía entonces el filósofo su teatro en el castillejo de Tornay, también propiedad suya, situado deliciosamente entre Ferney y Ginebra, a un cuarto de hora escaso de ésta. Era el teatro pequeño, pero bien acondicionado, y pudiendo competir con los de primer orden en todo lo referente a la maquinaria, tan atrasada entonces.

Estaba Voltaire, según su costumbre, sentado en el escenario, detrás de los bastidores, pero lo bastante a la vista del público para

que pudiese éste admirar sus contorsiones y los gestos de aprobación o disgusto con que seguía, nervioso y exaltado, la acción de la tragedia y el diálogo de los comediantes. Lekain estuvo admirable en su papel de Egisto; mas Mme. Denis, vieja entonces, fea siempre y enfática, amanerada y, como diríamos hoy, *cur-si*, en todas las épocas de su vida, y lo mismo en el teatro del mundo que en el teatro de su tío, hizo una Merope chillona y tiesa, que mereció, sin embargo, ser comparada por Voltaire nada menos que a la Clairon en persona. Lo depravado del gusto de éste al juzgar los méritos artísticos de su sobrina era tan incomprendible en hombre de tan exquisito sentido estético, que narrando Marmontel una visita suya a Ferney, hecha años antes, se explica de este modo: «Al volver de paseo jugó Voltaire algunas partidas de ajedrez con Mr. Gaulard, que le dejó ganar respetuosamente. Volvió después a hablarme del teatro y de la revolución que en él había hecho Mlle. Clairon, y me dijo:

»—Según eso, es prodigioso el cambio que se ha operado en ella.

»—Es —le respondí— un talento nuevo. Es la perfección del arte, o mejor dicho, de la na-

turalidad misma, tal como la puede pintar la imaginación, hermoseándola.

»Exaltándose entonces mi pensamiento y mi palabra para hacerle comprender hasta qué punto imitaba la verdad y la sublimidad de la verdad en los diversos caracteres de sus papeles Camila, Rojana, Hermión, Ariadna y, sobre todo, Electra, agoté toda mi escasa elocuencia en inspirarle por la Clairon todo el entusiasmo que yo sentía. Gozaba yo mientras hablaba, viendo reflejarse en él la misma emoción mía, cuando, cortándome la palabra de repente, me dijo entusiasmado:

»—¡Bien, amigo, bien!... Lo mismo le sucede a Mme. Denis; ha hecho progresos sorprendentes, increíbles... Quisiera que la vieséis representar Zaira, Alcira, Idamea... ¡El arte y talento juntos no pueden ir más lejos!

»¡Caí de mis alturas!... ¡Mme. Denis representando Alcira!... ¡Mme. Denis comparada a Clairon!... Tan cierto es que el gusto se acomoda a lo que se tiene a mano, y que aquella sabia máxima

Quando no se tiene lo que se quiere,  
Es necesario querer lo que se tiene (1),

(1) Quand on n'a pas ce que l'on aime,  
Il faut aimer ce que l'on a.

es no sólo una lección de la naturaleza, sino una manera que ésta tiene de procurarnos el placer.»

Al día siguiente (30 de Abril) marcharon los dos españoles a Ginebra, donde se separaron ambos. Villahermosa volvió a París tan satisfecho y lleno de las mil adulaciones que prodigó Voltaire a sus talentos literarios, que sin pérdida de tiempo comenzó a trabajar con grande ahinco en traducir al francés la famosa obra de Baltasar Gracián, *El Criticón*, que, presentada a la Academia Francesa y recomendada por el mismo Voltiare, fue recibida allí con grandes aplausos.

Mora siguió desde Ginebra á Madrid, donde le llamaban las exigencias del servicio militar, y donde, amaestrado por Voltaire en las largas conferencias que con él tuvo, había de dar impulso a la propaganda impía que el Conde de Aranda, Roda, Campomanes, Olavide, el Duque de Alba y algunos otros corifeos del filosofismo comenzaban ya a introducir solapadamente en España.

Voltaire, por su parte, entusiasmado con la visita de los *dos filósofos españoles*, satisfecho de su docilidad de catecúmenos y sus propósitos de propagandistas, apresuróse a darles el

espaldarazo y a lanzar a los cuatro vientos sus alabanzas, como medio más seguro de convertirles de repente en grandes hombres. El primero de Mayo escribía a D'Alembert: «¡Que el Ser de los seres derrame sus eternas bendiciones sobre su favorito Aranda, sobre su queridísimo Mora y sobre su muy amado Villahermosa!»

El mismo día escribió también al Marqués de Villevielle, medianísimo poeta y edecán suyo, encargado de repetir como un eco las impresiones y sentencias del filósofo: «El Marqués de Mora, hijo del Conde de Fuentes, Embajador de España en París, y yerno del célebre Conde de Aranda, que ha barrido de España a los jesuitas y barrerá de ella a otras muchas sabandijas, ha venido a pasar conmigo tres días. Vuelve ahora a España, y pasará quizá por Montpellier. Es un joven de extraordinario mérito: le veréis probablemente a su paso y quedaréis sorprendido.»

Y cinco días después, el 7 de Mayo, escribía al Conde d'Argental, consejero del Parlamento y hombre muy metido en las intrigas de la política y los manejos de los filósofos: «He tenido aquí tres días al Marqués de Mora, a quien sé que conocéis. Os suplico que urdáis

cualquiera intriga para que entre en el Ministerio de España. Respondo de que ayudará poderosamente a su suegro el Conde de Aranda a formar un nuevo siglo.»



### III

**C**ORRIERON aquellas alharacas de Voltaire por todos los centros y conventículos del filosofismo, y tan arraigado quedó en la opinión el estigma que en Mora y Villahermosa imprimían, que muchos años después, autores tan sensatos y concienzudos como el abate Barruel, les incluían sin titubear en la lista de los grandes señores volterianos que tomaron parte en la propaganda impía y revolucionaria de esta verdadera secta. «En aquella España, tan desdeñada por Voltaire, dice Barruel en sus *Memorias sobre el Jacobinismo*, existía, sin embargo, un Conde de Aranda, que él mismo llamaba *favorito de la filosofía*, y que diariamente iba a enardecer su celo, con D'Alembert, Marmontel y otros adeptos mayores, a